
ÚLTIMO ROMANCE DE CALLEJA.

Están cubiertas de duelo
Esas gentes de Calleja
Porque el rey de las Españas
Manda que á su lado vuelva.
Laméntanse los serviles
En orfandad y tinieblas,
Y auguran trastorno y luto
Las espadas y la Iglesia.
¿Quién, en su juicio, reemplaza
Su valor y su experiencia?
En donde puso la mano
De sangre la mancha queda:
En donde la planta puso
No volvió á brotar la yerba.
En sangre ahogar pretendia
De los pueblos las ideas,

Con tan incansable saña
 Y constancia tan resuelta,
 Que si omnipotente ha sido,
 Ni un liberal vivo queda.
 Imitar al tigre supo
 Con su política artera,
 Como el puerco-espín salvaje,
 Astuto cual la culebra,
 Con el corazón de hielo
 Y las entrañas de hiena.
 Y á ese su dios le proclama
 Esa gente de Calleja,
 Y á Hernán Cortés le compara
 Alaman en su Leyenda.
 Así partió para España;
 Se le mima, se le obsequia,
 Y de Calderón el Conde
 El título se le entrega.

ROMANCE DE APODACA.

“¡Fuego á ese coche, muchachos!”
 Y el viento rompe las balas,
 Con espanto de las gentes
 Que acompañan á Apodaca,
 Que, sucesor de Calleja,
 Para México va en marcha.
 De Osorno era aquel acento,
 Que con su gente arriesgada
 Intenta un golpe de mano
 Que apoya Vázquez Aldana.
 La escolta se desordena,
 El Virey saca la espada,
 Acude Márquez Donallo,
 Y logra llegar con ansias
 A un lugar de aquel camino
 Que llaman el Ojo de Agua.

El Virey queda triunfante,
Y ántes de seguir su marcha
Liberta á los prisioneros
Sin insultos ni venganzas.
Las damas de su familia,
Que eran elegantes damas,
Atienden á los heridos
Muy generosas y humanas.
Esos hechos en su vuelo
Lleva contenta la Fama,
Y en flores de su camino
Se convierten en la marcha.
Con un ambiente más puro,
Para solaz de las almas,
Era el veinte de Setiembre
Cuando, al sonar las campanas,
Y al retumbar los cañones,
La gente batiendo palmas,
Más bien en odio á Calleja,
Gritaba regocijada:
“¡Viva! ¡viva el Rey Fernando!
“¡Viva el Virey Apodaca!”

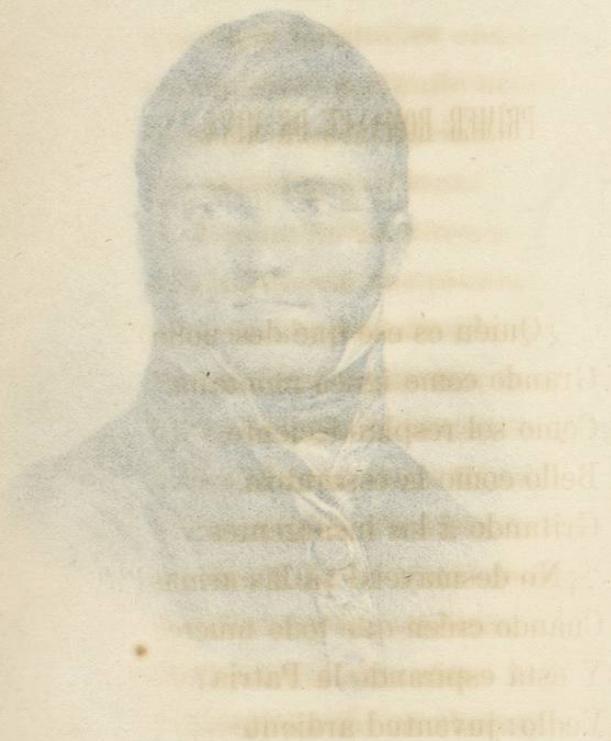


EL GENERAL D. FRANCISCO JAVIER MINA.

*Copiado de un retrato hecho en Londres en 1811, poco antes
de salir el héroe para México.*

PRIMER ROMANCE DE MINA.

¿Quién es ese que descuella
Grande como ígnea montaña,
Como sol resplandeciente,
Bello como la esperanza,
Gritando á los insurgentes:
"¡No desmayéis! ¡á las armas!"
Cuando creen que todo muere
Y está espirando la Patria?
Vedlo: juventud ardiente
Le hace erguido como palma;
Lleva en su frente la auréola
De las heroicas hazañas,
Y escudilla que es oriundo
De los campos de Navarra,
De reforzado de su pecho
Lo invencible de su espada.



EL GENERAL FRANCISCO JAVIER MINA.

*Copia de un retrato hecho en Londres en 1817 poco antes
de salir al heroe para México*

PRIMER ROMANCE DE MINA.

¿Quién es ese que descuella
Grande como ígnea montaña,
Como sol resplandeciente,
Bello como la esperanza,
Gritando á los insurgentes:
“¡No desmayeis! ¡á las armas!”
Cuando créen que todo muere
Y está espirando la Patria?
Vedlo: juventud ardiente
Le hace erguido como palma;
Lleva en su frente la auréola
De las heróicas hazañas,
Y acredita que es oriundo
De los campos de Navarra,
Lo esforzado de su pecho,
Lo invencible de su espada.

Viene, despues que renombre
 Dejó en su nativa patria,
 La Libertad adorando,
 De gloria sedienta su alma.
 Una pléyade le sigue
 De gente tan extremada,
 Que cada hombre es una estrella
 Que nuestro horizonte aclara.
 Toca en Soto la Marina,
 A Tamaulipas se lanza,
 Y el trono de los vireyes
 Retiembla con sus pisadas.
 Si es émulo del torrente
 En sus impetuosas marchas,
 En su empuje incontenible
 Vence al furor de la llama.
 Ya recorrió la Frontera,
 Ya San Luis su vista alcanza,
 Y del Virey los soldados,
 Cual jaurías azuzadas,
 Entre sí corren, se chocan
 Y de sí mismas se espantan.
 Por fin, Armiñan le sigue,
 Por fin, Armiñan le alcanza;
 “¡Alto, traidores!” les grita,
 Y comienza la batalla:
 Entre infantes y ginetes
 A Mina tres mil atacan,

Y no son trescientos hombres
 Los que al navarro acompañan.
 “Vencemos—dice á su tropa,—
 “Seguid la luz de mi espada,
 “¡Avanzad! volad conmigo,
 Que Dios protege su causa.”
 Young le secunda valiente,
 Novoa á la retaguardia
 Y gritos, truenos y horrores,
 Como huracan se desatan.
 Rafols, que era el gran atleta
 De la falange contraria,
 Le resiste furibundo
 En dos formidables alas.
 Mina casi está perdido,
 Y casi sin esperanza,
 Forma reducido cuadro,
 A su tropa se adelanta:
 “¡Hurra!—prorumpen esforzados,—
 “¡Hurra!—y retruenan las armas—
 “¡Hurra! y triunfo, mexicanos!”
 Y su gente entusiasmada,
 Cual rio de lava ardiente
 Cunde, y troncha, y despedaza.
 A Rafols lleva un corneta
 Despavorido en las ancas,
 Y de Mina la victoria
 Se declara sobrehumana.

A Mina aclama su tropa;
 Él cariñoso la halaga,
 Y pide lauros y flores
 Para su segunda patria.
 Solo un momento, uno solo
 Viéronse en sus ojos lágrimas,
 Que fué al llevarle el cadáver
 De un noble amigo de su alma
 Que dejó vida y ejemplo
 En la sangrienta batalla.

Tal fué la accion de Peotillos
 Que el quince de Junio marca;
 Los serviles se aturdieron,
 Sobresaltóse Apodaca,
 Y las tropas insurgentes
 Rebosando en esperanzas,
 La noticia celebraron
 Con repiques y con dianas.

SEGUNDO ROMANCE DE MINA.

Va raudo como la chispa
 Que el huracan arrebatá
 Y torna voraz incendio
 Cuanto en su furor alcanza,
 O como tromba marina
 Que en el centro del mar salta,
 Y se alza y barre con todo
 Lo que detiene su marcha;
 Así va Mina triunfante,
 Lauros le rinde la Fama,
 La victoria le da amigos,
 Y bendiciones la Patria.
 Y es tan jóven, tan garrido,
 Tan grande con su grande alma,
 Que de verlo junto á Marte
 Celosas están las Gracias.

Va reviviendo recuerdos,
 Resucitando esperanzas,
 Del sol puro de Dolores
 Bello renovando el alba.
 De San Luis la tropa ahuyenta,
 Pinos celebra su entrada;
 En Zacatecas le espera
 La brava gente de Nava.
 Para el fuerte del Sombrero
 Todos emprenden la marcha
 En medio del regocijo,
 Los vítores y las dianas.
 En su ruta, y cuando llegan
 Sobre los altos de Ibarra,
 Con su formidable tropa
 Miran al realista Orrantía.
 En facha está el insurgente,
 Fiero el pecho, la frente alta,
 Y sin detenerse un punto
 Sobre el enemigo avanza.
 Éste, esquivando el combate,
 Emprende la retirada,
 Y siguen su polvareda
 Con burla y con algazara.
 Oid al heróico Mina
 Llama el Fuerte con sus salvas.
 Allí le agasajan todos,
 Allí Moreno le abraza,

Y allí de doscientas leguas
 Deja el polvo á su llegada,
 Para renovar la lucha
 Contra Ordóñez, que con ansia
 Viene en su alcance, orgulloso
 Con setecientos que manda.
 Moreno corre á su lado,
 Que es el que en el Fuerte manda.
 Ágil, blanco, corpulento,
 Con negros ojos, cual llama
 Si el entusiasmo le agita
 O le anima la batalla.
 El *Pachon* también se alista,
 Que era poderosa espada;
 Grueso, estevado, barbudo
 (Por eso el *Pachon* le llaman),
 Furibundo en el combate,
 Piadoso tras la batalla,
 Y para quien Mina ilustre
 Era el corazón de su alma.
 Ordóñez está en los Llanos
 Y Castañon le acompaña;
 La "Union" y Moreno juntos
 Van con Young á la vanguardia.
 Mina acecha al enemigo,
 Advierte, ordena, y aguarda
 Dar la señal convenida,
 Lanzar el grito de alarma



En medio de las tinieblas
 Que favorecen la marcha.
 Al fin estalla su acento,
 Contra de Ordóñez se lanza,
 Y su terrible falange,
 Sin que la detenga nada,
 Al formidable enemigo
 Aniquila y despedaza.
 Muere el furibundo Ordóñez
 Como bravo, en la demanda,
 Y con trescientos valientes
 Castañon la vida exhala.
 Con las descargas del Fuerte,
 Con los vítores y salvas,
 Leon sabe la victoria
 Y su prestigio propaga.
 Sin dar descanso á los cuerpos
 Ni dar tregua á las hazañas,
 Para el Jaral opulento
 Mina dispone su marcha.
 Va en busca del Marqués noble
 Y su tropa de Moncada,
 Y regresa muy contento,
 Conduciendo mucha plata,
 Mientras el Marqués temido
 Hasta San Luis no descansa.

TERCER ROMANCE DE MINA.

Cual quien delira con sombras,
 Y fantasmas y vestiglos,
 Dejando perder la mente
 En los mares del prodigio,
 Así delira Apodaca
 (Tan sereno de continuo)
 Con las hazañas de Mina,
 Con su esfuerzo y con su brío;
 Y, el cabello alborotado,
 El andar firme y activo,
 Las manos bien á la espalda,
 Bien sueltas y en bruscos giros,
 Dictaba á su Secretario,
 Trágico y enloquecido,
 Su gran proclama de Julio
 Que le pinta tan al vivo.